

Quizá sea ese optimismo cognoscitivo: una fe racionalista basada en la posibilidad de una naturaleza observable, lo que ha conformado básicamente la filosofía y la ciencia de Occidente; la apuesta por la razón, la confianza del hombre en el poder del pensamiento, el «mito» indispensable de una verdad eterna hacia la que se debía tender se sistematizaron en el platonismo y éste lo transmitió como su legado esencial y duradero. Optimismo racionalista puesto en cuestión en numerosas ocasiones y en una larga y zigzagueante crisis desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad.

## LO SOBRENATURAL Y LO NATURAL

Todas estas ambivalencias de la idea de Naturaleza clásica vienen a reforzarse y complicarse con la influencia del cristianismo. Si bien éste se adapta fundamentalmente a la pirámide ordenada y regular que suponía la concepción clásica de la Naturaleza y si bien es verdad que refuerza al mismo tiempo el rompimiento del esquema micro-macrocósmico —en tanto en cuanto en la raíz primaria del judaísmo la Naturaleza quedaba ya desacralizada y el destino del hombre se separaba radicalmente del mundo natural o, dicho de otra forma, la Naturaleza era el resultado de la creación divina, pero no es en sí divina—; por otra parte, crea una realidad superior a la Naturaleza: lo sobrenatural, con lo cual el mundo carnal, el mundo material, tanto el natural como el humano, tienden a desvalorizarse. La relación que guarda el mundo empírico con ese otro mundo sobrenatural penetrará la filosofía cristiana toda «convirtiéndola en algo específico dentro de la historia de la cultura» (17).

## LA REVOLUCION CIENTIFICA DEL SIGLO XVII

A partir del Renacimiento el mundo natural reafirma su autonomía respecto a lo sobrenatural, tornándose en cierto sentido definitiva con la revolución científica del siglo XVII. La nueva ciencia entenderá el universo como una máquina con sus propias leyes y se preguntará no ya por cuál puede ser el mecanismo que impulse sus partes, sino *cómo* se produce la interrelación de las mismas. La Naturaleza va a ser vista como un sistema que se explica por un conjunto de funcio-

---

(17) Kolakowski, L.: *Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas*. Buenos Aires. 1971, p. 68.

nes en interacción, donde cada cuerpo viene definido por el lugar que ocupa en tal sistema. Se investiga, por tanto, no el «qué» de tal mecanismo, sino el «cómo». Y ese «cómo» se establece por una serie de relaciones matemáticas entre las funciones; por tanto, las leyes que dan cuenta de tales funciones en interacción son leyes de carácter matemático. El método resolutivo-compositivo galileano, integrando en un mecanismo dialéctico los conceptos puros matemáticos y la contrastación empírica, la razón y la experiencia, transformará la visión del mundo heredada.

Esta nueva visión de la naturaleza física y el éxito del nuevo método científico en las «ciencias naturales» determina su aplicación al campo de lo humano. El apriorismo matemático en que se basaba la nueva ciencia —«el mundo está escrito en lenguaje matemático», había dicho Galileo— se aplicará indiscriminadamente a todos los campos de la realidad, natural y humana, y la visión pan-matematicista abarcará el universo entero. Lo que Dilthey llamaría el «sistema natural de las ciencias del espíritu» se convertirá en el dogma de los siglos XVII y XVIII y el anillo matemático va a intentar abarcar tanto el mundo natural como el humano. Aquí radicaría su grandeza y su debilidad. La filosofía cartesiana, el derecho natural con Grocio, la ética con Spinoza, la ciencia política con Hobbes, todas las ramas del saber aspiran a alcanzar la rigurosidad de la ciencia física, bastaría dejar en libertad las distintas fuerzas económicas para que tiendan «naturalmente» a su propia armonía; las leyes «naturales», incluso en el campo religioso, se instituyen como instancia suprema. Fácil es deducir que la eliminación en este esquema de lo histórico condujo a una falta de realismo y a un apriorismo normativo que eliminaba del campo de lo humano las realidades concretas y sus condicionamientos infraestructurales. Pero ya desde finales del siglo XVIII comienza la revisión de ese excesivo optimismo cognoscitivo y la introducción necesaria de la historia por lo que respecta al mundo del hombre.

En cualquier caso, y en líneas generales, la imagen newtoniana de la Naturaleza, que desembocaba en una visión armónica y mecanicista del universo (18), se impuso como sistema desde mediados de siglo, ejerciendo una influencia decisiva en el desenvolvimiento científico y filosófico occidental. Hasta la aparición de la nueva física de Einstein y la consiguiente revolución microfísica en el siglo XX,

---

(18) Respecto a la polémica que se desarrolla durante los siglos XVII y XVIII entre el mecanicismo cartesiano y el sistema newtoniano, sus similitudes y diferencias, así como sus implicaciones físicas, filosóficas y teológicas, véase Ehrard: *Op. cit.*, caps. II y III.

el orden newtoniano informa tanto el mundo de las ciencias físicas como el de las ciencias humanas (19).

#### SINGULARIDAD DEL MUNDO MODERNO. DUALISMO MATERIA-ESPIRITU

Esa representación mecanicista del universo y los logros de la nueva ciencia no parece que hubiesen sido posibles «sin la intuición por los griegos de la ley o legislación racional, sin ese 'change of mind' que permite una primera percepción desinteresada de la Naturaleza» (20).

Bien es verdad que entre ambas concepciones, la clásica y la del mundo moderno, existen, al menos, dos diferencias fundamentales:

En primer lugar, la distancia que va de la contemplación a la dominación de la Naturaleza. A partir del siglo XVII, el mundo inanimado de la materia será considerado como una máquina susceptible de ser dominada por el hombre y de ser explotada por la ciencia y la técnica. La desacralización o «desencantamiento» de la Naturaleza parece haber llegado a un punto máximo.

Pero además, y en segundo lugar, esa misma concepción mecanicista nos pone en la pista de la segunda gran diferencia entre la Antigüedad y el mundo moderno. Para los filósofos griegos, la Naturaleza era un organismo vivo y pensante; el orden del mundo natural era sin duda una expresión de inteligencia, pero inteligencia que emanaba de la Naturaleza misma, immanente y no trascendente. La materia era «aquello de que estaba hecha cada cosa, algo informe e indeterminado en sí mismo, y la psique era la actividad por la cual cada cosa aprehendía la causa final de sus propios cambios» (21). En consecuencia, no se les planteaba uno de los problemas capitales del mundo moderno: el de la dualidad entre materia muerta o inerte frente a la viva o activa, el de la relación entre materia y espíritu, ni mucho menos el de la conexión entre Naturaleza y Dios.

Por ello, como ha señalado Guthrie, no podemos aplicar a los griegos las categorías modernas de «materialismo» o «idealismo» sin hacer un «coup de force» respecto a su pensamiento. Si bien es verdad que existen desde el principio lo que se podría denominar «filosofía de la materia» y «filosofía de la forma», no pueden ser

---

(19) Sobre lo que parecía la inmutabilidad eterna de la estructura intelectual de Newton, «ajuste *final y completo* de las facultades cognoscitivas humanas al orden objetivo de las cosas, puede consultarse, entre otros, Capek, M.: *El impacto filosófico de la física contemporánea*, Madrid, 1965. Asimismo, sobre las bases teológicas y la construcción del esquema newtoniano bajo la hipótesis de la divinidad, véanse los importantes trabajos de Koyré, A.: *Etudes newtoniennes*, París, 1968.

(20) Lenoble: *Op. cit.*, p. 21.

(21) Collingwood, R. G.: *Op. cit.*

trasladadas de manera simplista a lo que el pensamiento moderno ha calificado como «filosofía materialista» y «filosofía idealista». Estas dos categorías, a su vez con sus múltiples acepciones y matizaciones, sólo pueden surgir desde el momento en que se divide tajantemente la realidad en dos campos: materia y espíritu. Y ello no sucede antes del triunfo de la revolución científica del siglo XVII.

La dualidad frente al monismo griego ya estaba planteada desde el Renacimiento, donde prevalecía una idea de naturaleza de tipo animista, similar a la griega, pero con una diferencia fundamental: que la inteligencia que se expresaba en el orden del mundo natural no correspondía a la propia Naturaleza, sino al creador y gobernante divino de la misma, Dios. Este dualismo se agranda con las nuevas concepciones científicas del siglo XVII.

Desde el momento en que la nueva ciencia considera el universo, según hemos visto, como una máquina en que lo único a tener en cuenta, desde el punto de vista científico, son las magnitudes mensurables; desde el momento en que lo real e inteligible es sólo aquello de la Naturaleza capaz de ser incorporado a un esquema matemático, quedan fuera de tal esquema tanto las cualidades sensibles de la materia —pura apariencia de los sentidos, según Galileo— como los espíritus o mentes. El punto de vista generalmente adoptado por los hombres del XVII, desde Galileo y Descartes a Locke, estriba en que los espíritus o realidades pensantes constituyen una clase de seres fuera de la Naturaleza y las cualidades sensibles se explican sólo como apariencia para los espíritus o mentes. Se establece así, por una parte, los términos en los cuales la Naturaleza puede ser objeto de conocimiento científico —exclusión de lo cualitativo y reducción de lo natural a hechos matemáticos—, pero, por otro, queda fijada una visión dualista de la realidad.

Esta visión de la naturaleza física como cantidad se enfrenta a dos problemas: por un lado, el problema de su conocedor; la mente humana que la trasciende. Por otro, con el problema de su creación y conservación, ya que es obvio que la materia inerte no puede ser considerada como autocreadora ni como poseedora de causas finales, por lo que, para el pensamiento del siglo XVII, debe tener una causa distinta de sí. El problema, pues, va a girar ahora entre la causación inmanente —causarse su propio origen y movimiento— o la causación trascendente —ser causado por alguna otra cosa.

A partir de Descartes y su teoría de las dos sustancias, con la que se hace consciente, en categorías filosóficas, el cambio introducido por la nueva ciencia, surge el problema clave del conocimiento: Averiguar cómo una sustancia —pensamiento— puede cono-